



Compañía de Jesús
Provincia de España

P. JOSÉ IGNACIO URQUIJO GARCÍA, S.J.

San Sebastián 17/11/1930 – Zumárraga (Guipúzcoa) 14/09/2022

José Ignacio nace en San Sebastián en 1930, en el seno de una familia numerosa que le marcó positivamente, como él atestiguaba frecuentemente en sus conversaciones de una manera bastante insistente. Conoce a los jesuitas en el Colegio San Ignacio donde estudió Primaria y Bachillerato. El mismo cuenta en sus Memorias, que él insistía en llamar “Memoires” (no sé por qué), que un accidente fortuito, debido a un experimento de física, del que le quedaron algunas secuelas en la vista, le llevó a plantearse seriamente su futuro. El mismo nos lo refiere con gran realismo: “la chispa vocacional se prendió en mi mente y en mi corazón, no podía aceptar un mundo sin luz, sin color, sin imágenes, de puras sombras. Yo no podía eso. Pensaba que si Dios me librara de eso, yo sería capaz de retirarme a vivir en un monasterio como el de Los Cartujos de quienes había oído hablar en los retiros espirituales y en los sermones de los predicadores como lo más sacrificado de este mundo”. Sólo tras hablar con el Espiritual del colegio y convencerle éste de que entrando en la Compañía también se podía ir a La Cartuja, si lo quisiera, decidió por fin entrar en la Compañía.

Comienza su noviciado en Loyola en 1949 y sigue el proceso ordinario de los estudios jesuíticos allí mismo y en Oña (Burgos). Es aquí donde comienza a desarrollarse un acentuado sentido social, característico de su vida futura, que le lleva a pasar sus vacaciones de verano, tratando de familiarizarse con el mundo laboral, en trabajos como obrero en las minas de Rio Tinto (Huelva), explotaciones de carbón en Ponferrada, bracero agrícola en Briviesca (Burgos) y simple trabajador manual en Tudela.

La siguiente etapa de formación está constituida por el periodo de Magisterio que lo realizó en Venezuela a partir de 1957, tanto en Caracas como en Barquisimeto. Allí se entrega con generosidad a la educación de los estudiantes adiestrándoles en toda clase de actividades físicas e intelectuales, pero siempre tratando de inculcar un acentuado sentido social, plasmado en diversos compromisos realizados en determinados barrios marginales de la ciudad.

Su espíritu creativo y evangelizador, que ya anteriormente le había impulsado sin éxito a solicitar al P. General su destino a Alaska, sin duda influido por los relatos del P. Llorente en El siglo de las misiones, le llevó de nuevo a cruzar el Atlántico después de su ordenación en Loyola el año 1963. Esta vez su destino era USA y más concretamente la universidad jesuítica de Loyola en Chicago donde se graduó en estudios de Relaciones Industriales. Creo no equivocarme, si considero que este periodo fue verdaderamente crucial en su formación. Su sentido social, hasta entonces situado en el parámetro de una experiencia práctica indudable y auténtica, pero no suficientemente reflexionada y sistematizaba, como él mismo confesaba, alcanzó una nueva profundidad. Los estudios en Chicago y el trabajo, tanto cultural como asistencial, que realizó contribuyó a una sistematización teórica de aquella experiencia práctica adquirida anteriormente. De ahí precisamente nace su reconocimiento a la labor de los sindicatos y su atracción a la doctrina de New Deal.

Vuelve a Venezuela, y desde el año 1968 hasta el 2005 en el que es destinado al colegio de San Ignacio, desarrolló su actividad en la Universidad Católica Andrés Bello, como docente e investigador. El tema de su especialidad será el de las relaciones industriales que compagina con responsabilidades administrativas y publicaciones diversas producto de su experiencia e investigación.

A pesar de la dedicación a todo este trabajo, su interés principal nunca desmentido, fue el compromiso social y la presencia apostólica en los humildes barrios caraqueños donde se entregaba a ayudar a los demás con una intensidad y creatividad verdaderamente admirables. Todavía hay personas que recuerdan el impacto producido por un Via Crucis con antorchas, ideado por el P. Urquijo, que transcurrió por uno de los barrios más desfavorecidos de Caracas.

Tras 37 años de servicio ininterrumpido en la Universidad Católica, vuelve a su tierra natal en el año 2018 destinado a la Comunidad de Deusto, ya con la salud bastante quebrantada y donde vivió hasta este último año en el que, a causa, precisamente, del agravamiento de esos problemas de salud, tuvo que ser trasladado a la enfermería de Loyola donde tuvo lugar su fallecimiento.

“Urqui”, como familiar y cariñosamente le llamábamos sus compañeros de Comunidad, fue un jesuita atípico que difícilmente se adaptaría al prototipo estándar de otros muchos jesuitas. Hijo de vasco y andaluz, había heredado, como él mismo reconocía, muchas características distintas de ambos progenitores que le hacían difícilmente catalogable. A pesar del “agnosticismo global” que él solía invocar en ocasiones, “Urqui” fue un jesuita de profundas

y enraizadas convicciones relacionadas, no solo en el ámbito de la fe, sino también en el de la misma Compañía a la que en el fondo profesaba gran cariño, aunque no lo manifestara con signos más o menos tradicionales.

Fue un hombre verdaderamente creativo. Esta creatividad no solo se manifestaba en su elaboración de teorías sobre cualquier acontecimiento, sino incluso en el apelativo que jocosamente se había adjudicado él mismo, reconociéndose como “Ulises fecundo en ardidés”. Fecundidad que solía manifestarse en cuidadas elaboraciones de un plan B o C por si acaso el primer plan A fallara en sus tomas de decisiones.

Esta creatividad se integraba y plasmaba, precisamente, como una explicitación de su acendrado espíritu social. En este terreno su trabajo creativo fue verdaderamente original y novedoso, destacando, entre otros: la formación de un coro en su trabajo con los hispanos, que llegó a actuar en televisión, el citado Via Crucis con antorchas, los círculos de debate y otras muchas iniciativas son demostrativas de ese espíritu que siempre perseguía la modificación y mejora de la realidad circundante.

Bendecimos a Dios en la fe porque gracias a Cristo resucitado no somos seres para la muerte, sino para la vida, como el Señor, ya desde ahora y para el futuro. Así lo entendió Jose Ignacio y lo vivió a lo largo de su vida. Descansa en paz, tu vida ha dado un inequívoco testimonio de ese mismo Cristo.

Manuel Marroquín, sj.
23-09-2022